

Lo nacional popular y el sindicalismo peronista en los gobiernos kirchneristas¹

Cecilia Anigstein (CONICET-UNGS)

ceciliaanigstein@gmail.com

Introducción

Durante la primera década del siglo XXI la región experimentó un cambio de época marcado por la desnaturalización de la asociación entre globalización y neoliberalismo, pero de carácter ambivalente, donde se entrecruzan tendencias de ruptura con el modelo excluyente con tentativas de reconstrucción de gobernabilidad neoconservadora (Svampa, 2010). Venezuela, Brasil, Bolivia, Ecuador, Uruguay, Argentina ilustran con distintos matices los alcances de este proceso. Según Vilas (2005), estos proyectos políticos tienen algunos puntos en común con las experiencias nacional-populares del siglo XX: son el resultado de amplias convergencias político-sociales que articulan la movilización popular y el recurso periódico a procedimientos electorales, sus convocatorias evocan intereses nacionales generales y no sólo sectoriales; se caracterizan por practicar cierta revalorización del Estado como principio organizador y articulador de la pluralidad social y legitiman su intervención en determinados aspectos de la economía.

¿Cómo se inscribió en el movimiento obrero organizado, en particular en la CGT, el fenómeno de reemergencia de la matriz nacional popular durante los gobiernos kirchneristas? A lo largo de este período se observan dos fenómenos muy significativos para reflexionar sobre esta pregunta.

De un lado, descenso del desempleo y el trabajo informal, crecimiento del empleo registrado, particularmente en el sector privado de la economía: aumento de la conflictividad laboral, convocatoria anual e ininterrumpida de negociaciones colectivas, determinación colectiva del salario, puesta en marcha de mecanismos de diálogo social vinculados al instituto del Salario Mínimo; reestatización de la seguridad social a través de la creación del Sistema Integrado Previsional Argentino (SIPA) y reformas a la legislación laboral en clave restituyente.

1 En este trabajo se presenta un avance de la investigación que estoy llevando a cabo para mi tesis doctoral en el Programa de Ciencias Sociales UNGS-IDES.

Desde julio de 2003 el Salario Mínimo Vital y Móvil (SMVM), que había permanecido estancado por diez años, fue incrementado en varias oportunidades a través de decretos del Poder Ejecutivo Nacional². En 2004 se convocó por decreto el Consejo del Empleo, la Productividad y el Salario. Desde entonces, los incrementos del SMVM comenzaron a ser negociados en el marco de la Ley 24.013. Ese mismo año se sancionó la Ley 25.877 de Ordenamiento Laboral que abordó los cuestionamientos de la Ley 25.250 (Banelco) en torno a la extensión del período de prueba, el régimen de “preaviso”, la reducción general de los aportes patronales, la eliminación de la ultraactividad convencional y del principio de prevalencia de la norma colectiva más favorable (Recalde y otros, 2005).

Además, a partir de 2004 la negociación colectiva experimentó un gran crecimiento observable en la cantidad de convenios y acuerdos colectivos homologados anualmente y en la ampliación de su cobertura. Mientras que el total de convenios y acuerdos firmados entre 1991 y 2002 fue de 2119, el total de convenios y acuerdos acumulados desde 2003 hasta 2010 es superior a 7.000. La actividad negocial –que permaneció contraída entre 1991 y 2003- experimentó un crecimiento progresivo desde 2004 hasta el 2010. Se destaca la recuperación de la negociación por actividad, que había registrado una drástica disminución a favor de la negociación por empresa desde 1993 hasta 2002, si bien ésta última no cesó de crecer. En lo referente a la cobertura, mientras que en 2002 la misma alcanzaba a 2.746.000 trabajadores del sector privado, hacia 2011 alcanzó 5.116.000, registrando un crecimiento del 86% en ese período³.

Del otro lado y paralelamente, una presencia e intervención creciente del movimiento sindical en la arena política nacional, que maduró y se visibilizó para el conjunto de los actores sociales durante la disputa entre el gobierno y los empresarios rurales por los excedentes generados por los *commodities* en 2008. En esta coyuntura, la CGT intervino activamente a favor de la medida gubernamental para aumentar las retenciones a los productos agrícolas exportables. En torno a estas acciones los

² Cabe aclarar que estos aumentos del SMVM fueron aplicados a los trabajadores del sector privado, en relación de dependencia y comprendidos en el Régimen de negociación colectiva. Fueron excluidos explícitamente los trabajadores agrarios, del servicio doméstico y del sector público en todos sus niveles.

³ Fuente: Dirección de Estudios de Relaciones del Trabajo, Subsecretaría de Programación Técnica y Estudios Laborales, Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social (SPTyEL-MTEySS).

sindicalistas experimentaron la reactualización de modos de interpretar lo social y lo político que reenvían a etapas históricas precedentes: una retórica marcadamente anti-imperialista y anti-oligárquica. Estas interpretaciones movilizaron a los trabajadores en torno a una motivación de corte netamente político, quedando en un segundo plano su agenda reivindicativa. Fueron resignificados los programas políticos obreros de La Falda (1957), Huerta Grande (1962) y el de la CGT de los Argentinos (1968); se convocaron multitudinarios actos y concentraciones, se constituyó una corriente político-sindical, la Corriente Nacional del Sindicalismo Peronista (CNSP) y la Juventud Sindical (JS) en 2009 y, finalmente, Hugo Moyano fue designado en la conducción del PJ de la Provincia de Buenos Aires.

Es destacable que la activación de la narrativa nacional popular tuvo como protagonistas a los sujetos sociales vinculados a los agro-negocios, por una parte; y los grupos políticos en posición gubernamental, por la otra. Y esto es así, a pesar de que fueran los trabajadores sindicalizados y los empresarios industriales nacionales los principales destinatarios de las invocaciones esgrimidas para contrarrestar los efectos que la noción “el campo” estaba adquiriendo como vertebrador simbólico prioritario del desarrollo económico nacional, en una coyuntura de intensa polarización social. En contraposición a la figura del productor rural, industriales y sindicatos fueron presentados como los sujetos fundamentales del desarrollo.

Lo cierto es que el dinamismo económico y social de estos actores (empresarios nacionales y trabajadores) se encontró entonces muy disminuido en relación con las posiciones alcanzadas en el siglo pasado. No obstante las mutaciones en las densidades y pesos de estos sujetos, las sombras de históricos dirigentes obreros que encarnaron alternativas antagónicas como Vandor y Framini, Rucci y Tosco, fueron proyectadas sobre nuevos protagonistas encogidos y atenuados. El efecto de esta proyección sobrecogedora fue una puesta en escena que sobredimensionó la potencia del sindicalismo peronista en el nuevo contexto político y social, contribuyendo de este modo a pronunciar el carácter enigmático que asumió el dirigente camionero y líder de la CGT, Hugo Moyano.

Los festejos públicos del bicentenario, la muerte del ex presidente Néstor Kirchner en octubre de 2010 y el histórico triunfo electoral de 2011 marcaron el punto más alto de la activación narrativa nacional popular. A partir de entonces, un conjunto de factores concurrirán a lacerar la inestable y frágil articulación lograda.

Lo nacional popular como matriz socio-política

Resulta bastante usual en los análisis confundir los rasgos de la matriz nacional popular con aquellas conceptualizaciones del marxismo clásico referidas al bonapartismo o cesarismo. El ensayista boliviano Zabaleta Mercado (2006) distinguió estas categorías para especificar las formas que asume la autonomía relativa del estado en el caso latinoamericano. El bonapartismo se caracteriza por constituir una solución precaria a una situación de inmovilidad producida por una situación de empate. Si nadie puede imponerse, se designa a un tercero que no es parte del empate. Es un modo peculiar de ajuste entre el Estado y la sociedad civil, cuando ambos entraron en una relación de no correspondencia o no conformidad que requiere un arreglo inminente. Lo importante del bonapartismo es su base social específica: masas no autorrepresentables y dispersas. Esta noción hace referencia a procesos centrados en el carácter no representable de las masas (los campesinos franceses que Marx compara con una bolsa de papas en el *18 Brumario...*).

En cambio, lo nacional popular es la emergencia de una totalización (pueblo) que debe considerarse antes y por encima de las categorías sociales que lo componen, como clase social o etnia: “En los hechos, si la connotación básica del populismo es la subsunción del dato clasista en lo popular como masa congregada, entonces es una modalidad sin duda no incompatible con la lógica del bonapartismo” (Zavaleta Mercado, 2006: 43). ¿Por qué motivos? Tanto el bonapartismo como el populismo se orientan hacia un reconocimiento de las clases a través de la identidad de cada una de ellas con el estado, de lo cual se deduce la aparición en el seno de estos modelos del corporativismo. Sin embargo, hay un rasgo que distingue al populismo -en particular en el caso del MIR boliviano en 1952 trabajado por el autor de referencia:

“... aquí la masa se constituye al margen y aun en contra del Estado, se apodera de la iniciativa y en muchos casos rebasa o desordena el marco estatal. Esto hace una diferencia importante con el bonapartismo que, por su carácter, asigna la iniciativa en profundidad a la culminación concentrada del poder. En el bonapartismo, las masas están a merced del poder; en el populismo, el poder está a merced de las masas” (Zavaleta Mercado, 2006: 44)

Evidentemente, la experiencia del MIR boliviano no es trasladable de manera mecánica a la de la Argentina de inicios del siglo XXI. No obstante, la reflexión conceptual que suscita habilita interrogantes pertinentes: ¿Pueden auto-representarse las masas en las experiencias nacional populares latinoamericanas?

Según De Ipola y Portantiero (1994), lo nacional popular, en tanto forma particular de compromiso estatal, se confronta con el nivel de las demandas, valores y tradiciones nacional-populares. Esta confrontación involucra dos principios centrales de agregación: uno dominado, nacional-popular, que expresa las demandas y tradiciones nacional-populares. Y otro dominante, nacional-estatal, que captura en una forma estatal dichas demandas mediante un movimiento de nacionalización y ciudadanía de las masas, englobando y superando ilusoriamente las parcialidades sociales. Mediante esta operatoria, los conflictos no son anulados, sino fragmentados por una lógica corporativa. Entonces, el Estado opera reconciliando intereses privados diversos: “La eficacia de esta apariencia deriva del hecho de que, para la vida cotidiana, ella es no sólo descriptiva sino también prescriptiva” (De Ipola y Portantiero, 1994: 527).

La tensión que se suscita entre estos dos principios –el popular y el estatal- se vincula con una matriz ideológica estatista. A diferencia de la matriz socialista, asentada en la tradición socialista europea que supone que “frente a un Estado cerrado a la participación, la presencia de las masas en él sólo podría estar garantizada por la irrupción, fuera ella molecular o violenta de la sociedad” (Portantiero, 1991: 156); la matriz estatista, en cambio, implica una visión antropomorfa del Estado y una tradición paternalista ligada a la elaboración “desde arriba” de lo nacional popular, una articulación de masas con centralidad estatal que históricamente se ubica en la etapa de industrialización y urbanización que transformó a América Latina con posteridad a la crisis de 1930. En efecto, esto se había concretado en las fases de compromiso estatal nacional-popular fusionando demandas populares con nación y ciudadanía en un único movimiento. Una elaboración desde arriba que combinó articulación política de masas con centralidad estatal (Portantiero, 1991). En la medida que el proceso de industrialización no habilitaba a ninguna fracción dominante asegurar por sí sola el control político de ese tránsito, la hegemonía debió ser producto de un compromiso entre clases. Como puede advertirse, la conceptualización de Portantiero se encuentra a medio camino entre las dos categorías que distingue Zavaleta Mercado, bonapartismo y populismo.

Atendiendo a los matices que presentan estos dos abordajes –ambos inscriptos en la tradición gramsciana latinoamericana– se observa que mientras en el enfoque de Portantiero (1987 y 1991) y De Ipola y Portantiero (1994) la balanza se inclinaría hacia la matriz estatista casi como una fatalidad de lo nacional popular; para el ensayista

boliviano Zavaleta Mercado (1986), en cambio, es necesario examinar los complejos vínculos entre societalismo y estatalismo, y sus múltiples posibilidades:

“Es verdad que la nación maniquea estatalista es tan falaz como una idea societaria o autonomista o populista de la dirección de la política. El estado puede, en rigor, tener una determinación más nacional popular o si se quiere más societaria, enfrentando a sectores menos democráticos de la sociedad (y en los hechos, el estado ha estado más de una vez por delante de la sociedad) y, sin duda, por cuanto aquí se siente más el principio de la centralización, puede encarnar lo nacional contra sectores antinacionales de la sociedad. La sociedad civil, a su turno, puede tener un grado importante de prolongación hacia el estado” (Zavaleta Mercado, 1986: 59)

Aboy Carles (2005) también matiza los argumentos de De Ipola y Portantiero. En sintonía con las contribuciones de Zavaleta alerta sobre las interpretaciones de lo nacional-popular basadas en la acentuación de uno de los dos aspectos. Ambos, afirma, son constitutivos de este fenómeno. Uno y otro énfasis han oscurecido su complejidad, mucho más cercana a una gestión precaria e inestable situada entre la ruptura y el orden social. Desde esta perspectiva, lo nacional-popular se constituye en la tensión entre estrategias de ruptura y de integración de una comunidad política. Se trata de un mecanismo específico de construcción y negociación de las tensiones que atraviesan a una identidad política. A veces de forma simultánea, a veces de forma alternativa, incluye y excluye a sus adversarios en su propio campo de representación, ocasionando un juego inestable de inclusiones y exclusiones, sin definirse en u otro polo. Así reinstala y afirma, una y otra vez su ruptura fundacional, al tiempo que borra su propio origen y despliega su hegemonismo. Lo específico del populismo es, entonces, su capacidad de gestionar ambas tendencias, y no sólo una de ellas. Es un juego pendular inagotable, afirma.

¿Qué condiciones hacen posible este juego pendular? Touraine (1999) sostenía que en las políticas nacional-populares se abre un espacio de fusión entre estado y actores sociales que trae como consecuencia el predominio de los movimientos nacionales por sobre las acciones políticas de clase. En economías dependientes, este rasgo ha tenido una influencia directa sobre la constitución de los sujetos colectivos. De ahí la fragilidad e inestabilidad congénita que caracteriza a estas experiencias, aspectos sobre los cuales reflexionan Martuccelli y Svampa (1999), quienes comprenden a lo nacional popular

como un triángulo, cuyos vértices designan tanto sus elementos constitutivos como sus condiciones de posibilidad:

a) Estilo político encarnado en un líder con presencia protagónica, que para sobrevivir requiere de la amenaza constante de un enemigo;

b) Tipo de intervención económica dirigido a la consolidación del mercado interno, que entra en crisis al quedar al descubierto los límites de su capacidad redistributiva. La misma realidad económica que hace posible la emergencia del populismo termina sellando la fractura del pacto social y;

c) Un tipo de vinculación orgánica entre sindicatos y sistema político que apunta a la participación organizada de los sindicatos.

El modelo será producto de una articulación exitosa entre estos tres elementos, que no existen sino a través de sus articulaciones recíprocas. La debilidad propia de cada elemento es lo que impulsa la permanente búsqueda de mutua articulación.

En suma, la emergencia de fuertes liderazgos que eclipsaron las contradicciones entre las clases que integraron los pactos de poder así como la inestabilidad de estas alianzas constituye un testimonio de la fragilidad de las experiencias populistas y revela que la vaguedad e indeterminación de la ideología populista se encuentra inscrita en la misma realidad social que la produce.

La figura del sindicalismo de masas populista

Según Portantiero (1987) de forma temprana las clases populares latinoamericanas abandonaron su externalidad con relación al estado y se identificaron con los movimientos nacional-populares. El sindicalismo de masas como grupo de presión al interior del sistema político fue el instrumento peculiar a través del cual se constituyeron como sujetos colectivos de acción política. Aunque:

“... por más heterónimo que aparezca su comportamiento en términos de un modelo clásico de constitución, la presencia política de las clases populares estuvo mediada por instancias organizativas “de clase” y no por una pura vinculación emotiva con un liderazgo personal” (Portantiero, 1987: 166).

En este modelo sindical, la relación entre lo social y lo político se articuló como relación entre movimiento obrero y movimientos nacionales, y no como relación entre sindicatos y partidos de clase. La centralidad del sindicalismo de masas fue común en las experiencias populistas de México, Brasil, Argentina y Bolivia.

Sigal y Torre (1994) analizaron, por su parte, la emergencia en América Latina de un sindicalismo de corte político que fue estimulado tanto por los rasgos de los mercados de trabajo como por la importancia económica y política de los Estados en la región. En consecuencia, las relaciones laborales estuvieron reguladas de forma predominante por vía legislativa más que por negociación directa entre trabajadores y patronales, dando lugar a una fuerte tutela estatal del sindicalismo. Lo interesante de este punto de vista es la consideración de la heteronomía obrera en relación con los líderes populistas no sólo como un efecto de las exigencias políticas de las élites dirigentes –perspectiva que concibe a los trabajadores como una masa disponible para cualquier maniobra desde arriba-. En otras palabras, se analiza la heteronomía de los actores subalternos de los populismos latinoamericanos desde un ángulo que permite tomar en cuenta el grado de separación entre los dos planos de la experiencia de las clases populares: a) la movilización que apunta a la ampliación del sistema político, y que se efectúa con independencia de: b) las oposiciones de clases del mundo de la producción. Como resultado de este fenómeno, sostienen Sigal y Torre, se origina una disyunción de los antagonismos: entre uno y otro campo de acción de las masas populares (la plaza pública y la fábrica) que con frecuencia se traduce en alianzas y en luchas “anti-oligárquicas” entre fuerzas sociales opuestas en el terreno de las luchas económicas.

La disociación entre luchas económicas y luchas políticas plantea una autonomía relativa entre estas dos dimensiones (económica y la política) que ha conducido, en último término, a los trabajadores a organizarse en nombre de su condición obrera en sindicatos, y por otra parte, en tanto masa popular excluida del sistema político, a participar de coaliciones sociopolíticas más amplias. A esto Sigal y Torre lo denominan sindicalismo populista. El sindicalismo populista presenta una ambigüedad inherente a su doble condición de institucionalización ligada al Estado y de organización de defensa de los trabajadores. Pero si bien la institucionalización otorgó poderes amplios y autoritarios a los estados sobre las organizaciones de trabajadores, es innegable el papel de actor político asumido por el sindicalismo. Resulta problemático considerarlo como mera extensión o correa de transmisión del aparato estatal. Es que los sindicatos pueden ser sucesivamente: aparatos de estado, órganos de mediación o estructuras contra hegemónicas (Zavaleta Mercado, 1986), y esta versatilidad se encuentra íntimamente relacionada con las formas en que las clases populares se vinculan con los grupos

dominantes y con el sistema político (estado, partidos, movimientos) en cada contexto nacional e histórico.

Con estas categorías y desde este enfoque, se analizarán a continuación las relaciones que la CGT –en tanto expresión organizada mayoritaria y predominante de la clase trabajadora local– estableció con el sistema político y los grupos dominantes en el marco del impulso y la implementación del programa neodesarrollista, que requirió como condición de posibilidad una recomposición político institucional en clave nacional-popular articulada con la emergencia del kirchnerismo.

Vacantes para la recomposición política

La modificación de la política cambiaria de Brasil en 1999 marcó en Argentina el quiebre de la unidad entre las fracciones burguesas y la crisis de la hegemonía neoliberal (Kan, 2009). En aquel contexto surgió el “Grupo Productivo”⁴, espacio informal de coordinación gestado por grupos de empresarios para instrumentar -desde arriba y de modo extra-legal- tanto la modificación de los términos de intercambio del comercio exterior (convertibilidad cambiaria) como la reducción de los costos de producción (el salario).

En este escenario defensivo y de resistencia, frente a la ofensiva neoconservadora algunos actores del trabajo mostraron contar con mayores recursos a la hora de emprender medidas de fuerza o protagonizar luchas. Badaró (2003) señala que el dirigente camionero Hugo Moyano venía impulsando desde 1996 acciones contra la “competencia desleal” y en defensa del trabajo de los “camioneros argentinos”. La devaluación del real agudizó la problemática del sector y se expresó en una presencia fuerte de camioneros brasileños y chilenos en el país. Junto a estas acciones de carácter sectorial, tanto el nucleamiento sindical conducido por Hugo Moyano y Juan Manuel Palacios (el MTA) como otros sectores del movimiento sindical nacional (CTA y CCC)⁵, comenzaron a hacerse eco de un conjunto de demandas más amplias vinculadas al trabajo, la producción, la pauperización de la población, la inadecuación del esquema de

⁴ Estaba compuesto por la UIA, CAC (Construcción), UAC, CRA. El Grupo Productivo, de gran de resonancia en la agenda de la crisis de 2001 y bajo el liderazgo de la UIA se expresó mediáticamente y marcó agenda en las conferencias industriales anuales, en una fuerte propaganda alrededor del “compre nacional” y del reclamo de protección para la industria local (modificación del tipo de cambio), aunque sin hablar de devaluación abiertamente hasta fines de 2001 (Kan, 2009)

⁵ Véase Armelino (2004)

la convertibilidad para superar la profunda recesión económica, la exacerbada injerencia de los organismos internacionales como el FMI en la política nacional, entre otras:

“Cuando nosotros confrontamos con el sistema, lo que decíamos era: si nosotros no derrumbamos este sistema acá no hay solución ni para mí, ni para los precarizados, ni para los desocupados. Quiero recordar, pero en este momento no tengo muy presente, la cantidad de acciones que se llevaron adelante. Tal vez las más representativas hayan sido la marcha federal, la marcha número 100 de los jubilados que fue la carta de presentación, allá por febrero del 94. Nosotros, lo que realmente planteamos, era que había que encolumnar a todas las fuerzas populares para derrumbar el modelo que estaba fundamentalmente asentado en la convertibilidad. La compatibilización que teníamos en aquel momento es que teníamos muy claro que necesitábamos toda la fuerza, primero para tumbar eso, y después podemos discutir cual era la táctica, la estrategia y las orientaciones al interior, de discutir como representamos a los trabajadores” (Juan Carlos Schmid, integrante del Consejo Directivo de la CGT y referente del MTA, entrevista realizada el 30/03/2011)⁶

Paralelamente, los vínculos entre el Grupo Productivo y la dirigencia sindical fueron tan fluidos como ambivalentes. Tanto la CGT “oficial”⁷ como la CGT “Disidente”⁸ mantuvieron diversos encuentros e inclusive articularon demandas de conjunto con los empresarios. En definitiva, las dos CGT se subordinaron a la lógica devaluacionista promovida por los empresarios, una política que impactó profundamente sobre su propia base de representación. De este modo, se incorporaron de forma subordinada a la coalición neodesarrollista que comandó la salida de la crisis en 2002. Sin embargo, a pesar de haberse supeditado al programa económico del Grupo Productivo, los sindicalistas, en particular aquellos vinculados a la CGT Disidente, aportaron a la coalición neodesarrollista un conjunto de elementos que resultan centrales para legitimación social de un proyecto que requería la recomposición político

⁶ Entrevista realizada junto a Paula Abal Medina en el marco del Proyecto de investigación “Modelos de Desarrollo: actores, disputas y nuevos escenarios en la Argentina Contemporánea”. (PICT-UNGS 2008 N° 1216, 2010-2013).

⁷ Conducida por dirigente del gremio de alimentación, Rodolfo Daer, referente de los “gordos” y acabado exponente del sindicalismo adaptativo empresarial. Véase Gómez (2009)

⁸ Conducida por el camionero Hugo Moyano, compuesta centralmente por el núcleo del MTA. Un análisis de esta coyuntura es realizado por Merino (2012) e Iñigo Carrera (2010).

institucional como condición de posibilidad: una perspectiva antineoliberal, una visión del trabajo como integrador social y del salario como dinamizador del mercado interno, una alianza interclasista necesaria para concretar la vocación hegemónica de la gran burguesía productiva exportadora, una vinculación orgánica con el peronismo y el sistema político y, finalmente, la posibilidad (o la pretensión) de reencauzar de forma organizada la movilización social.

Esto se puso de manifiesto con crudeza en el gobierno de Duhalde. Si bien durante esta administración se estableció un nuevo esquema macroeconómico que sentó las bases para la concreción del programa neodesarrollista, no se logró superar la crisis política y recomponer la hegemonía sobre bases sólidas. De hecho, la alianza de Duhalde con la CGT “Oficial” (en especial con los “gordos” y “barrionuevistas”) y las 62 Organizaciones peronistas sellada con los nombramientos en su gabinete de Alfredo Atanasof, dirigente municipal y Graciela Camaño, esposa del dirigente gastronómico Barrionuevo, no dio los frutos esperados y reveló rápidamente la incapacidad de este sector del movimiento obrero para contener el conflicto social y organizar la movilización. Es que la CGT Disidente no cesará en sus reclamos y junto a la CTA y amplios movimientos sociales, continuará en estado de movilización permanente. Tampoco asistirá a las convocatorias de la concertación convocadas por el gobierno. Finalmente, la política de criminalización de las luchas sociales y la represión desproporcionada sobre los movimientos de desocupados que concluyó con el asesinato de dos jóvenes piqueteros, Maximiliano Kosteki y Dario Santillán, el 26 de junio de 2002 en la ciudad de Avellaneda, precipitaron la salida del presidente provisional.

En conclusión, tanto la necesaria renovación del elenco político posterior a la represión de diciembre de 2001 y a la masacre de Avellaneda en junio de 2002, cómo la impopularidad de aquellas figuras que el imaginario social referenciaba con el neoliberalismo, alcanzaron asimismo al conjunto de las organizaciones sindicales y sus líderes. Es importante tomar nota que el desprestigio social del sindicalismo tenía dos sustratos. Por una parte, los discursos sociales a favor del ajuste, las privatizaciones, la flexibilización y desregulación laboral habían impregnado fuertemente al conjunto de la sociedad y ello se traducía, entre otras cuestiones, en el desprestigio tanto de la actividad sindical en los lugares de trabajo, como de sus dirigencias. Por otra parte y en simultáneo, las organizaciones sindicales se mostraron impotentes frente a la ofensiva neoconservadora y no fueron minoría los dirigentes que sucumbieron frente a las nuevas “oportunidades de negocios” que se abrieron para ellos a partir de las reformas

estructurales de los noventa. De modo que los sindicalistas durante esta etapa fueron blanco de ataque de los grupos dominantes y, al mismo tiempo, objeto de profundas críticas por parte de su propia base de representación.

Espalda con espalda

Luego de los comicios nacionales y la asunción de Néstor Kirchner a la presidencia de la Nación tendrá lugar un nuevo reparto de barajas. Si durante el gobierno de Duhalde la fracción mayoritaria de la CGT conducida por Daer ocupó, a través de sus aliados directos, lugares relevantes en la conducción del estado, revelando así la importancia asumida por el actor sindical en el proceso de recomposición político institucional requerida para emprender un nuevo ciclo; a partir de 2003, en cambio, asumirán mayor protagonismo las fracciones y nucleamientos del sindicalismo que habían ostentado capacidad de movilización y acumulado en ese sentido una experiencia de lucha anti-neoliberal, la CGT Disidente y en menor medida la CTA.

Con todo, un sector no menor del movimiento sindical no tardó en identificarse con la orientación que, de forma repentina e inesperada, tomó el presidente Néstor Kirchner, tildado por entonces como el candidato títere de Duhalde:

“Se había producido un fenómeno. Había estallado el neoliberalismo. La gente dijo basta. Pero de ahí queda todo en veremos. Hacen la devaluación pero la hacen de la peor manera, sobre la espalda de los trabajadores (...) Más allá de todo, el poder estaba en las corporaciones. Ellos estaban preparados para el estallido (...) Los poderes económicos enseguida se plantearon como fue la situación. Les falló en el 2003. Pero les falló en parte, porque fueron con cinco candidatos. Y presionaron y lo hicieron bajar a Menem. El tema era que la segunda vuelta no legitimara con una cantidad de votos terribles al que surgiera, que era Néstor Kirchner (...) Rodríguez Saa era el plan más nacional y popular que había en ese momento. Pero Néstor dijo las cosas el 25 de mayo cuando asumió. Dijo cosas que no había dicho en toda la campaña, tan claramente y públicamente. Ellos habían fraccionado a la fuerza para debilitar a la política. Política debilitada la manejan las corporaciones. Fue una decisión política de Néstor la que cambió la historia pero sabiendo que había un pueblo que lo iba a bancar. Hasta la asunción de Néstor el *establishment* manejó perfecto esa transición” (Julio Piumato, integrante del Consejo Directivo de la CGT, entrevista realizada el 30/01/2011)⁹

⁹ Entrevista realizada junto a Paula Abal Medina en el marco del Proyecto de investigación “Modelos de Desarrollo: actores, disputas y nuevos escenarios en la Argentina Contemporánea”. (PICT-UNGS 2008 N° 1216, 2010-2013).

Si efectivamente el actor sindical tenía un nuevo papel en el ciclo económico, social y político abierto luego del fin de la convertibilidad, no podía de ninguna manera asumirlo aquella dirigencia que, en función de preservar su poder organizativo, había convalidado pasivamente las políticas neoliberales. Sin embargo, tampoco era asimilable a la necesaria recomposición institucional y política un modelo de sindicalismo incapaz de traducirse en un factor de poder, como el encarnado entonces por la CTA y la CCC, que ostentaban una espesa trayectoria en términos de lucha y oposición al modelo periclitado, pero que habían permanecido completamente desvinculados de la CGT durante la década menemista. En el medio de estas dos opciones, la CGT Disidente, con el antecedente del MTA, expresaba una contradictoria combinación de ambos modelos. Sumado a ello una singularidad para nada menor: capacidad de movilización, poder de disrupción económica y el estilo de liderazgo de Hugo Moyano, dotaban a este sector del movimiento obrero de las condiciones necesarias para constituirse en un factor de poder que ningún proyecto político con vocación hegemónica podía ignorar o rehuir.

El moyanismo fue en realidad un emergente de la etapa de auge neoliberal, aunque alcanzó su mayor grado de desarrollo durante el ciclo neodesarrollista y en el marco de una reemergencia de lo nacional popular peronista que caracterizó a los gobiernos kirchneristas. El liderazgo del dirigente camionero condensó un conjunto de procesos diferenciados e interrelacionados que tuvieron lugar durante los años noventa, lo que otorgó a su figura un carácter paradójico y ambivalente: el dinamismo del sector de actividad de representación y su importancia para el funcionamiento del conjunto de la economía; el tipo de vinculación establecida con las patronales, el estado y los gobiernos; los rasgos característicos del sindicalismo adaptativo y de corte empresarial de los años noventa del cual el gremio camioneros también es expresión y, finalmente, la tradición de lucha antineoliberal que el Movimiento de Trabajadores Argentinos (MTA) contribuyó a forjar.

En términos sectoriales, a partir de 2003 se creó el Régimen de Fomento al Transporte de Cargas (REFOP) y el Registro Único de Transporte Automotor (RUTA) cuyo propósito manifiesto fue la formalización de los transportistas y la mejora de la competitividad del sector. Los subsidios específicos del transporte de cargas implicaban rebajas en los peajes y pago a cuenta del IVA de las contribuciones patronales (C3T,

2007a). A través del REFOP los transportistas perciben una suma equivalente a las contribuciones patronales sobre la nómina salarial con destino a la seguridad social. Para beneficiarse del subsidio se establecieron algunos requisitos: estar inscriptos en el RUTA, dar cumplimiento al Convenio Colectivo de Trabajo N° 40/89 (Camioneros) y que todo el personal de conducción tenga su Licencia Nacional Habilitante vigente (C3T, 2007a). Es importante tomar nota cómo el otorgamiento de las licencias habilitantes para choferes se convirtió en otro requisito impuesto por el estado para la formalización y por ende, la recepción de los subsidios. Hasta 2012, la licencia habilitante se otorgaba luego de un examen psicofísico realizado por la obra social de Camioneros. Esta licencia se convirtió en obligatoria para todos los sectores a partir de 2003, por resolución 2624/2003 de la Secretaría de Transporte.

Entre 2002 y 2012 los subsidios crecieron exponencialmente. Las transferencias directas del estado pasaron de 640 millones en 2006 a 10.478 millones en 2011 (Pontoni, 2013). A finales de la primera década del 2000 se contaban 221.000 empresas de transporte, 380.000 camiones de transporte interjurisdiccional y 160.000 remolques inscriptos en el RUTA. En el 98% de los casos regularizados los empresarios cuentan entre 1 y 2 camiones (FADEAAC, 2009), dato que ilustra el rasgo de fuerte atomización que caracteriza a las patronales del sector. En suma, existen distintos indicios que llevan a afirmar que la organización sindical asumió un rol de fiscalización de la actividad y de mediación entre el estado y las empresas, una suerte de organizador de la conciliación de clases.

Tentativamente sostenemos que kirchnerismo y moyanismo se necesitaron mutuamente para sobreponerse, fortalecerse y lograr desplazar a sus adversarios de la conducción del peronismo: el duhaldismo y los “gordos”, en apariencia ganadores de la salida anticipada del gobierno de la Alianza y protagonistas de la transición hacia el neodesarrollismo. La articulación entre estos dos sectores, el prestarse las espaldas, permitieron a Kirchner romper la adhesión de la mayor central obrera al duhaldismo, al tiempo que Moyano logró hacerse de la conducción de una CGT unificada que se

articuló orgánicamente con el gobierno kirchnerista. En efecto, entre 2004 y 2012 una CGT, unificada y abiertamente oficialista, no convocó ni realizó ningún paro nacional.¹⁰

Para Bonnet y Piva (2012) la recuperación del sindicalismo peronista como mecanismo central institucionalizado de canalización de las luchas sociales:

“... fue explícitamente impulsada, hasta cierto punto, por las administraciones kirchneristas mismas, que buscaron y encontraron en la recomposición de ciertos aspectos del viejo vínculo funcional entre direcciones sindicales y estado un mecanismo imprescindible para mantener los aumentos salariales dentro de las pautas compatibles con un no-disparamiento de los precios” (Bonnet y Piva, 2012: 25)

Sin embargo y como ya ha quedado señalado, consideramos que la recuperación del sindicalismo no ha sido meramente una invención gubernamental con el fin de recrear los términos de la vinculación orgánica de tipo populista, acorde con la morigeración de las demandas salariales tal como comenzó a ser requerido en el ciclo neodesarrollista. Desde nuestro punto de vista, una multiplicidad de factores confluyeron para sellar la suerte de la relación entre sindicatos-estado-gobierno, dando lugar a una articulación compleja que no es posible de ser explicada bajo el argumento de la integración vertical del sindicalismo al sistema político de signo peronista.

Una sola CGT

Si bien se ha afirmado en diversas oportunidades que la unificación de la CGT fue el resultado de la voluntad virtuosa de Néstor Kirchner en el Poder Ejecutivo Nacional, lo cierto es que el proceso de unidad fue un trámite largo, con idas y vueltas, muy complejo. Podría afirmarse que los alineamientos de la ruptura producida en 1989 en el “Congreso de San Martín” –a partir de la cual se produjo el aislamiento político del dirigente cervecero Saúl Ubaldini y se germinaron los nucleamientos que luego conformarían al MTA en 1994 y a la CTA en 1996– no fueron saldados ni superados inclusive durante los ocho años de unidad oficialista bajo el mando de Hugo Moyano.

¹⁰ Salvo en abril 2007 una medida nacional que complementó una fuerte movilización convocada con motivo del asesinato del activista docente Carlos Fuentealba en protesta de su gremio en la provincia de Neuquén. Cabe destacar que el gobernador de esa provincia se encontraba enfrentado al gobierno nacional. Una segunda medida fue convocada por la CTA en 2010 con motivo del asesinato del joven militante de izquierda Mariano Ferreyra en una protesta contra la precarización laboral en los ferrocarriles. Para un análisis de las huelgas generales en el período véase el trabajo de Payo (2014).

Hacia septiembre de 2001, en un contexto de profunda crisis afloraron solidaridades endebles pero urgentes, conforme se iban debilitando las posiciones los distintos sectores sociales como consecuencia de la profundización del cuadro recesivo. No sólo los empresarios se acercaron a los sindicalistas, sino que los sindicalistas que permanecían enfrentados entre sí se vieron envueltos en un proceso de unificación. Tanto los referentes de la CGT oficial como los de la CGT disidente plantearon públicamente su vocación de reunificación hacia septiembre de 2001¹¹ (Página 12, 01/09/2001; Revista Mercado, 25/09/2001)¹².

Luego de las jornadas de movilización y lucha social del 19 y 20 de diciembre de 2001 que concluyeron con la renuncia del presidente de la Nación, Fernando De La Rúa, las dos fracciones de la CGT iniciaron un proceso de acercamiento. El 28 de diciembre de 2001 en un acto realizado en la sede de Azopardo de la entidad confederal, Rodolfo Daer, Hugo Moyano y Saúl Ubaldini, frente a un público que reclamaba por la unidad de la CGT, manifestaron de conjunto su apoyo al presidente provisional Adolfo Rodríguez Saa presente en dicho acto. Reclamaban el fin de las políticas de ajuste, la defensa de la salud pública y de los convenios colectivos de trabajo, y la implementación de una política con eje en el aparato productivo para recuperar el empleo y combatir la pobreza.¹³ Como ya se señaló, la posición frente al gobierno de Duhalde alejará nuevamente a los gordos, barrionuevistas y moyanistas. Pero la asunción de Néstor Kirchner se presentará como una nueva oportunidad para la unidad.

Así se expresaba Hugo Moyano en un programa televisivo en septiembre de 2003:

“Para poder llegar a la unidad nacional hay que despejar todo tipo de duda de impunidad. Esta es una actitud del presidente que la ha conversado conmigo. Y además la mayoría de los dirigentes del peronismo. En principio la unidad es del

¹¹ Daer y Moyano convocaron un plan de lucha para la segunda quincena de octubre, con cortes a los accesos a capital y toma de ministerios. Además anunciaron la realización de un plenario de las dos CGT en pos de lograr la unidad sindical. Tanto Daer como Moyano asisten a un acto de homenaje a Rucci y declaran en medios de comunicación que la CGT ya está unida, solo falta ponerle fecha (Revista mercado, 25 de septiembre de 2001)

¹² URL: <http://www.mercado.com.ar/notas/economia-y-politica/16791/inminente-unificacin-de-las-dos-cgt>

¹³ Fuente: archivo audiovisual, se agradece a Hugo Marviggiano la autorización para citar su grabación casera, realizada como asistente del acto.

peronismo. Y a partir de ahí la unidad nacional para conformar un modelo nacional que nos permita salir a los argentinos de esto” (Hugo Moyano en “Fuego Cruzado” programa televisado por Canal 9, 8 de septiembre de 2003)

A inicios de 2004 el Ministro de Trabajo, Carlos Tomada, circuló entre las tres centrales sindicales (CGT “oficial”, CGT “rebelde” y la CTA) un borrador de la nueva Ley de Ordenamiento Laboral que sustituiría la reforma laboral fraudulenta del 2000, más conocida como “La Banelco” o “La Ley de los sobornos”. Las dirigencias sindicales respondieron al ministro con una sucesión memorandos en los cuales plasmaban sus propuestas de ajustes del borrador, reclamaban la incorporación de puntos ausentes, pero fundamentalmente, sostenían que la derogación de la Ley Banelco era una prioridad y revestía una urgencia que dejaba en un segundo plano y pendiente el necesario debate a fondo sobre derecho del trabajo argentino. Sin repetir la operación con los empresarios, el 11 de febrero de 2004 el propio Néstor Kirchner, Alberto Fernández (Jefe de Gabinete de Ministros) y Carlos Tomada (Ministro de Trabajo) presentaron un proyecto de Ley elaborado desde el Poder Ejecutivo Nacional: “Ley de ordenamiento laboral, Derogación de la Ley 25.250 y su reglamentación”. Este proyecto fue largamente debatido en el recinto y finalmente aprobado el 2 de marzo de 2004. La derogación de la reforma laboral del 2000 (“la banelco”), que fuera tan resistida por la CGT Disidente y la CTA, terminó por sellar la alianza y el voto de confianza entre Kirchner y el movimiento obrero organizado resistente al neolinerismo.

Finalmente, luego de meses de negociación, las dos CGT se reunificaron en un triunvirato integrado por Hugo Moyano, Susana Rueda (del sector de los “gordos”) y José Lingieri (de los “independientes”). Este mecanismo de conducción compartido fue el resultado de un compromiso entre las distintas facciones en la CGT. Luis Barrionuevo (de Gastronómicos y abiertamente duhaldista) y Juan Manuel Palacios (UTA, histórico fundador del MTA) fueron los principales promotores de la candidatura de Hugo Moyano como Secretario General. Pero la resistencia impuesta por el mercantil Cavalieri y West Ocampo de Sanidad, ambos referentes y principales ideólogos de los “gordos”, colocó a los “independientes” en una posición de mayor influencia, por su capacidad de desempate entre dos contendientes semejantes que podían impugnarse mutuamente. (Territorio digital, 15/07/2004¹⁴; La Nación, 11/09/2004 y 14/09/2004). Tanto los gordos como los moyanistas contaban entonces con fuerza suficiente como para hacer fracasar el encuentro y vetar las posiciones de sus adversarios, pero no para

14 URL: <http://www.lanacion.com.ar/618429-se-unifico-la-cgt>

imponer las propias de manera aislada.

En ese contexto, el dirigente mercantil Armando Cavalieri afirmó:

“No puede haber vencedores ni vencidos. La verdadera unidad es más importante que un hombre y, el pasado y el futuro pertenecen a todos, por lo que el sector disidente debe también hacerse cargo de la CGT pasada y no sólo de la que vendrá” (Armando Cavalieri, La Nación, 11/09/2004).

En efecto, West Ocampo, Cavalieri y Lescano intentaron colocar a uno de los suyos como secretario general. Al no ser factible esa posibilidad optaron por promover un cuerpo colegiado. El sector que impulsaba al camionero logró acordar con la facción de los “independientes”, que fueron la pieza clave de la negociación: Andrés Rodríguez (UPCN), Gerardo Martínez (UOCRA) y Lingieri (Obras Sanitarias) (El día, 15/09/2004).¹⁵

Finalmente, luego de arduas negociaciones se acordó formar un triunvirato conformado por Hugo Moyano, Susana Rueda (Sanidad) y Lingieri (Obras Sanitarias). De esta forma Moyano logró posicionarse como secretario general sin malograr la vocación de unidad pero debió compartir el liderazgo con los sectores con los cuales había permanecido fuertemente enfrentado en la década previa. Mediante una reforma de última hora se firmó una cláusula transitoria en el estatuto de la CGT que obligaba a considerar en el plazo de un año la vuelta al mecanismo de un único titular.

El Congreso Ordinario se realizó el 14 de julio en Obras Sanitarias y se votó por unanimidad la nueva conducción. Asistieron 1550 delegados congresales sobre un total de 1787. En la ceremonia, nuevo secretario general de la CGT, Hugo Moyano, afirmó:

“Vamos a demostrar que el movimiento obrero organizado es irremplazable (...) No vamos a ser obsecuentes con nadie, vamos a ser obsecuentes con los derechos del trabajador y a recuperar el espacio que el movimiento obrero perdió (...) -la CGT- contribuirá con el gobierno en lo que beneficie a los trabajadores (...) vamos a actuar con toda seriedad y responsabilidad, pero también con la

15 URL: <http://www.eldia.com.ar/ediciones/20040715/elpais0.asp>

firmeza necesaria para defender los derechos de la gente (...) después de muchos años de diferencias y de distintos caminos hemos aprendido los dirigentes de que únicamente con la unidad del movimiento obrero se le da la fortaleza a los trabajadores” (Hugo Moyano, en la Sede de la CGT, 14 de julio de 2004)¹⁶

Desde el Ministerio de Trabajo se manifestaron a favor del “auspicioso camino de la unidad en la CGT” (La Nación, 15/09/2004).

En julio de 2005, al cumplirse un año de las elecciones en la central y tal como había sido previsto en el estatuto, se modificaron los términos de la conducción. Susana Rueda, referente de los gordos fue desplazada. Hugo Moyano fue designado Secretario General y Lingieri Adjunto. Automáticamente recibió el respaldo del presidente Néstor Kirchner. Unas horas después de su consagración visitó la Casa Rosada y se comprometió a respaldar a Cristina Fernández de Kirchner en su candidatura como senadora nacional por la provincia de Buenos Aires en los comicios de ese año y a encolumnar a todo sindicalismo detrás del gobierno. Frente a los medios, Hugo Moyano afirmó: “Kirchner y yo luchamos por lo mismo (...) Esta CGT no se unificó para pedir paros”. A pesar de que Rueda amenazó con impugnar, el resto de los gordos, Cavalieri, Lescano, Salazar, Pedraza, Pardo, Maturano y Daer, conservaron sus lugares en el Consejo Directivo. (Página 12, 07/07/2005), pero no concurrieron al acto de asunción del camionero en la CGT (Página 12, 15/07/2005).

Para las elecciones legislativas de 2005 que enfrentaron a las figuras de Hilda “Chiche” Duhalde con Cristina Fernández de Kirchner, a pesar de las simpatías por el duhaldismo y tal como lo había prometido Moyano, el grueso de los sindicatos manifestaron su adhesión al kirchnerismo. Si bien la CGT declaró “libertad de acción” y no tomó partido institucionalmente, la mesa chica conformada por Moyano, Lingieri (Obras Sanitarias), Juan Manuel Palacios (UTA), Gerardo Martínez (UOCRA), Andrés Rodríguez (UPCN), se decidieron por apoyar al kirchnerismo. Lo mismo sucedió con el núcleo del MTA (Piumato, Guilini, Schmid, Plaini, Recalde, entre otros). También apoyaron al gobierno la UOM, La Bancaria de Zanola y el Sindicato del Seguro. Se exceptuaron de este alineamiento Barrionuevo, los gordos y Gerónimo Venegas (titular

¹⁶ La Nación, 14/09/2004 y 15/09/2004.

de las 62 organizaciones). Inclusive se creó a tal efecto la “Mesa sindical lealtad a Chiche Duhalde Senadora” que funcionó en la UATRE (La Nación, 14/08/2005).

Pero la tan mentada unidad de la CGT no se convirtió en un dato sin más del kirchnerismo. Las tensiones internas aflorarán una y otra en los años siguientes, lo que obligará a Hugo Moyano a reforzar su alianza con el poder ejecutivo y periódicamente hacer demostración de fuerza sindical y poder de movilización para disuadir a sus competidores. Esta situación será aprovechada por el kirchnerismo, que en sus momentos de mayor debilidad, apelará al respaldo moyanista, tan peculiar como imprevisible, conforme se fue agudizando la puja distributiva y fueron cimentando nuevas demandas por parte del movimiento sindical.

Bibliografía

ABOY CARLES, Gerardo (2005): “Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación” en *Estudios Sociales* N° 28, primer semestre de 2005. Pp. 125-137

ARMELINO, Martín (2005) “La protesta sindical en Argentina en los años noventa”, ponencia presentada en VII Congreso Nacional de Ciencia Política de la SAAP “Agendas regionales en conflicto”, Córdoba, 15, 16, 17 y 18 de noviembre de 2005. URL: <http://www.saap.org.ar/esp/docs-congresos/congresos-saap/VII/programa/paneles/b/b2/armelino.pdf>

BADARÓ, Máximo (2003): “El movimiento sindical regional: los camioneros y los judiciales” en Jelin, Elizabeth (compiladora) *Más allá de la Nación: las escalas múltiples de los movimientos sociales*, Buenos Aires, Libros del Zorzal

BONNET, Alberto y PIVA, Adrián (2012): “Capítulo I: Un análisis de los cambios en la forma de estado en la posconvertibilidad” en Juan Griguera (compilador) *Argentina después de la convertibilidad (2002-2011)*. Buenos Aires. Imago Mundi, pp. 3-31

C3T UTN (2007a): *El transporte automotor de cargas en la Argentina*. Publicación del Centro Tecnológico de Transporte, Tránsito y Seguridad Vial (C3T), Argentina, Secretaría de Extensión Universitaria de la Universidad Tecnológica Nacional (UTN).

CIAMPA, Gustavo; RECALDE, Héctor y RECALDE, Mariano (2005): *Una nueva Ley Laboral: Ley 25.877*, Buenos Aires. Corregidor

DE IPOLA, Emilio y PORTANTIERO, Juan Carlos (1994): “Lo nacional-popular y los populismos realmente existentes” en Carlos M. (comp.) *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pp. 523-540

GOMEZ, Marcelo (2009): “Un modelo de análisis para entender las transformaciones del sindicalismo durante los '90 en la Argentina” en *Revista Conflicto Social*, Año 2, N° 2, diciembre 2009, pp. 98-135

IÑIGO CARRERA, Nicolás (2010): “Indicadores de periodización (momentos de ascenso y descenso) en la lucha de clase obrera: la huelga general. Argentina, 1992-2002”, Documentos y comunicaciones N°72, Buenos Aires, Publicación del Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina PIMSA, pp. 165-185

KAN, Julián (2009): “Vuelta previa al 2001. La devaluación del real en 1999 y algunas implicancias en la burguesía argentina” en Alberto Bonnet y Adrián Piva (compiladores), *Argentina en pedazos. Luchas sociales y conflictos interburgueses en la crisis de la convertibilidad*. Buenos Aires. Peña Lillo Ediciones Continente, pp. 223-251

MARTUCCELLI, Danilo y SVAMPA, Maristella (1999): “Las asignaturas pendientes del modelo nacional-popular. El caso peruano” en María Moira Mackinnon y Mario Alberto Petrone, *Populismo y neopopulismo en América Latina, el problema de la cenicienta*. Buenos Aires. EUDEBA, pp. 257-278

MERINO, Gabriel (2012): “El movimiento obrero organizado, la crisis de 2001 y el gobierno de Duhalde. El caso de la CGT Disidente” en *Sociohistórica, Cuadernos CISH 30*, UNLP, La Plata, segundo semestre de 2012, pp. 87-119

PAYO ESPER, Mariel (2014): “De los conflictos laborales a las huelgas generales. Algunos apuntes para pensar su dinámica 2002-2012 en Argentina” en *Sociohistórica*, n° 33, 1er. Semestre de 2014

PONTONI, Gabriela A. (2013): “Conflictos sobre ruedas: nuevas y viejas estrategias acción sindical. El caso camioneros en la post Convertibilidad” en Senén González, Cecilia y Del Bono, Andrea (coordinadoras), *La revitalización sindical en Argentina: alcances y perspectivas*, La Matanza, Universidad Nacional de la Matanza y Prometeo Libros

PORTANTIERO, Juan Carlos (1987): *Los usos de Gramsci*. México. Folios Ediciones

PORTANTIERO, Juan Carlos (1991): “Gramsci en clave latinoamericana”, en Nueva Sociedad Nro. 115 septiembre-octubre de 1991, pp. 152-157

SIGAL, Silvia y TORRE, Juan Carlos (1994) “Sindicatos y trabajadores en la coyuntura populista” en Carlos M. (comp.) *La democratización fundamental. El populismo en América Latina*, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, pp. 382-395

SVAMPA, Maristella (2005): “Tres ejes para una discusión: modelo de dominación, tradiciones ideológicas y figuras de militancia”, presentado en el Panel “Perspectivas del Movimiento Social y Político, IEF-CTA, Buenos Aires, septiembre 2005

SVAMPA, Maristella (2010): “Movimiento sociales, matrices-socio-políticos y nuevos escenarios en América Latina”, Working papers 01/2010, OneWorld Perspectives,

SVAMPA, Maristella (2011): “Argentina una década después. Del “que se vayan todos” a la exacerbación de lo nacional-popular”, en Revista Nueva Sociedad N° 235, septiembre-octubre de 2011, p. 17-34

TOURAINÉ, Alan (1999) [1987]: “Las políticas nacional-populares” en María Moira Mackinnon y Mario Alberto Petrone, *Populismo y neopopulismo en América Latina, el problema de la cenicienta*. Buenos Aires. EUDEBA, pp. 329-359

VILAS, Carlos (2005): “La izquierda latinoamericana y surgimiento de regímenes nacional populares” en Nueva Sociedad N° 197, mayo-junio 2005, pp. 84-99

ZAVALETA MERCADO, René (1986): *Lo nacional popular en Bolivia*, México, Siglo veintiuno editores

ZAVALETA MERCADO, René (2006): “Formas de operar del Estado en América Latina (bonapartismo, populismo, autoritarismo)” en Maya Aguiluz Ibarquén y Norma de los Ríos Méndez (coordinadoras), *René Zavaleta Mercado. Ensayos, testimonios y revisiones*. Buenos Aires. Miño y Dávila SRL, FLACSO México, UMSS-CESU. Pp. 33-54

ARMELINO, Martín (2004): “Algunos aspectos de la acción colectiva y la protesta de la CTA y el MTA” en *Laboratorio/n line Revista de Estudios sobre Cambio Social*, año IV, número 15, primavera 2004, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales UBA